

Cristina Rodrigo

NIMARION

El regreso de la magia



Max Estrella
Ediciones

Primera edición: junio de 2016

© Comunicación y publicaciones Caudal, S.L.

© Cristina Rodrigo

ISBN: 978-84-9456050-7

Depósito Legal: M-21720-2016

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual:

B-1666-14

Max Estrella Ediciones

Fernández de la Hoz, 53

28003 Madrid

editorial@maxestrellaediciones.com

www.maxestrellaediciones.com

*Papá, si te encuentras a
Blake Snyder ahí arriba,
dale las gracias por enseñarme
que todos los personajes deben tener
una cojera y un parche en el ojo.*

Para Gerard.

Índice

Preludio	11
Capítulo Primero: Mara Y Onim	13
Capítulo Segundo: El Cuartel General	25
Capítulo Tercero: Un Rescate Afortunado	37
Capítulo Cuarto: El Dueño De La Tienda.....	51
Capítulo Quinto: La Resistencia.....	65
Capítulo Sexto: La Trampa	77
Capítulo Séptimo: Cambios	89
Capítulo Octavo: Reclutando Aliados	105
Capítulo Noveno: Un Combate Desafortunado	127
Capítulo Décimo: Siguiendo Al Corazón.....	135
Capítulo Undécimo: Despierta Onim	151
Capítulo Duodécimo: Ataque A La Desesperada	167
Capítulo Decimotercero: ¿Victoria?.....	179
Capítulo Decimocuarto: Un Nuevo Hogar	191
Agradecimientos.....	201



PRELUDIO

La oscuridad se extendía por el bosque mientras las nubes cubrían el cielo provocando que anocheciera antes de tiempo, como si su carrera desesperada tuviera que ser aun más difícil. La lluvia empezó a caer suavemente, refrescando el calor de la noche de verano, un calor que parecía no notar a pesar del esfuerzo. A su paso los animales huían asustados por el rumor de las ramas apartadas con desespero. De repente el muchacho apareció entre los arbustos. Estaba calado hasta los huesos. Miró a su alrededor buscando un escondite, pero no para resguardarse del frío o del agua. A su espalda se oyeron unas voces que se acercaban. El muchacho, nervioso, empezó a correr de nuevo sin saber muy bien hacia dónde dirigirse. La lluvia mojaba su cuerpo, las lágrimas sus mejillas.

Corría sin ningún rumbo fijo, pero la suerte le acompañó. Tropezó con las raíces de un nogal y cayó en un agujero de un par de metros. Al principio se quedó desorientado, pero lentamente sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudo ver donde se encontraba. Había caído en una gruta cuyas paredes estaban llenas de pequeños túneles, seguramente fruto del trabajo de innumerables conejos, lo que había provocado que el suelo cediese. Volvió la vista hacia arriba preocupado, pensando que le encontrarían enseguida. En su caída había arrastrado suficiente maleza para que la entrada quedara tapada. Disimulada con el resto de vegetación, la gruta quedaba protegida del exterior, escondiéndole de miradas indiscretas.

Aquellas voces volvieron a acercarse. El muchacho se acurrucó en un rincón y cerró los ojos. Temblando de miedo, era incapaz de abrirlos, temiendo que en cualquier instante aquellos hombres se asomarían por el hueco. Los minutos discurrían pesadamente, arrastrándose como si todo ocurriera a cámara lenta. Mientras esperaba lo inevitable, rogaba una y otra vez que no le encontrasen y que no cediera el suelo con el peso de los hombres que le perseguían.

El miedo le inmovilizaba de tal forma que era incapaz de pensar en nada que no fueran sus perseguidores. Convencido de que de un momento a otro descubrirían su improvisado refugio, se sorprendió al notar que las voces se alejaban. A pesar de que el peligro, aparentemente, había pasado, seguía asustado, temblando en un rincón de la gruta. Lentamente los espasmos disminuyeron conforme los minutos se sucedían unos a otros. Sin embargo no dejaba de estar atento a cualquier ruido extraño. Aunque sumido en la oscuridad y en medio de un bosque, cualquier sonido resultaba aterrador. Pensó que pasaría toda la noche en vela, temiendo que de un momento a otro regresaran y le descubrieran, pero el cansancio le venció y se quedó dormido.

CAPÍTULO PRIMERO

MARA Y ONIM

Mara se despertó temprano aquella mañana. Preocupada miró por la ventana de su habitación. Durante toda la noche había estado lloviendo, pero el amanecer mostró un cielo despejado. «Estupendo —pensó sofocando un grito de júbilo—, eso me facilitará las cosas, pero tendré que tener cuidado con el barro». Fue hasta la habitación de sus padres para comprobar si aún dormían. Con un poco de suerte todavía estarían durmiendo cuando regresara. Debía apresurarse si quería evitar que la volviesen a castigar una semana sin salir.

Cogió su mochila, cargada con ropa de repuesto por si las moscas, unos cuantos botes vacíos y su navaja. Se miró un momento en el espejo, su media melena morena seguía revuelta como siempre y el espejo le devolvió su pícara sonrisa mientras sus grandes ojos marrones chispeaban por la emoción. Se puso el pendiente en forma de espada en la oreja izquierda y dejó la pequeña circonita en su oreja derecha. Echando un último vistazo a su atuendo, pantalones vaqueros, botas de cuero y camiseta morada ajustada, salió por la ventana de su habitación y la dejó entreabierta para poder entrar sin ser vista cuando regresara a casa.

Hacía un poco de frío, pero pronto el sol calentaría de lo lindo, así que pasó de coger una chaqueta. Si después se la olvidaba, seguro que su madre la pillaba, era experta en descubrir sus tejemanejes, claro que, como no se cansaba de repetirle, la conocía de toda la vida.

Apretó el paso. No disponía de mucho tiempo si quería coger el musgo fresco y algunas setas que crecían en el bosque. Sonrió al recor-

dar lo que su madre opinaba acerca de sus experimentos, decía que no eran propios de una niña, que era mejor que estudiase más y se dejase de tantos ensayos químicos. Si supiera lo que realmente hacía, entonces sí que se enfadaría de verdad. Aunque, por supuesto, si se lo contaba tampoco se lo creería. De hecho a ella aún le costaba hacerse a la idea de lo que era capaz de hacer.

No hacía más de un par de semanas que lo había descubierto. Dando una vuelta por el centro de Torrelavega había encontrado un libro de hechizos en el viejo quiosco de la plaza. Siempre se había interesado por la magia y a veces soñaba despierta que era una poderosa hechicera. Así que sin poder contener su impulso, lo compró y se lo llevó a casa. Durante un par de días lo dejó en la mesita de noche de su habitación, sin atreverse a leerlo. Pero vencida por la curiosidad, aparcó el miedo a una terrible decepción y lo abrió. Al leerlo se dio cuenta de que todo lo que contenía eran hechizos y pociones. Movida de nuevo por un impulso febril, se dispuso a preparar el conjuro más sencillo que encontró y para su sorpresa comprobó que ¡funcionaba! Desde aquel día había estado leyendo y probando algunos de los conjuros que describía el libro. Siempre con un éxito rotundo.

Suspiró emocionada. Descubrir que la magia era real y que ella era capaz de practicarla, había sido un subidón increíble. Durante un rato había sentido la tentación de gritarlo a los cuatro vientos. Incluso había estado a punto de llamar a su amiga Silvia para contárselo. Pero en el último momento se había echado atrás. Era demasiado extraño incluso para ella, que era una maga, ¿cómo iba a comprenderlo Silvia? No la creería a menos que fuera capaz de demostrarlo. Así que había decidido aprender un poco más antes de revelar su secreto. El libro era muy interesante y había encontrado un hechizo en particular que quería probar, la levitación. Sonrió al pensar en la cara que se le quedaría a Silvia si iba a buscarla volando. El problema es que necesitaba un musgo muy especial que tan sólo crecía cerca del lago.

Al llegar a lo alto de la colina miró hacia su casa de nuevo. Sus padres aún dormirían un par de horas más y el lago estaba a unos treinta minutos. Si se daba prisa, tendría el tiempo suficiente para encontrar lo que le hacía falta y volver antes de que se dieran cuenta de que se había marchado. Si no lo lograba, tendría graves problemas para explicar

su pequeña escapada. La verdad es que no se imaginaba explicándoles a sus padres que se había levantado temprano para ir a coger ingredientes para su pócima mágica. «No, me da que no me van a creer» pensó sacudiendo la cabeza.

La subida hasta el lago era empinada y cuando llegó a lo alto, jadeaba por el esfuerzo. Había caminado muy deprisa, casi había corrido, para intentar terminar cuanto antes y ahora le costaba respirar. Se sentó, apoyándose en un nogal para descansar un momento y recuperar fuerzas, cuando de pronto oyó un ruido bajo sus pies. Se quedó inmóvil, intentando descubrir qué había producido aquel crujido.

—¡Eh! —exclamó una voz desde el suelo—. ¿Hay alguien ahí?

—¿Quién grita? —preguntó asustada.

Había dado un respingo al oír la voz y de pie, miraba desconcertada a su alrededor.

—¡Estoy aquí! ¡Aquí abajo! —respondió la voz—. ¡Si apartas los matorrales podrás verme!

Mara hizo lo que la voz le indicaba y se encontró con un hueco en el suelo de donde parecía provenir la voz. Asomó la cabeza olvidando toda precaución y se encontró cara a cara con un muchacho sucio, con las ropas rasgadas y polvorientas.

—¿Cómo has llegado hasta ahí? —preguntó la muchacha sorprendida, olvidándose del susto inicial.

—Qué tal si primero me ayudas a salir y luego te lo explico —sugirió el muchacho—. ¿No tendrás una cuerda por casualidad?

—Espera un momento, que voy a mirar. ¡No te muevas! —gritó mientras corría hacia su mochila.

—¡Como si pudiera irme a algún lado! ¡Niñas! —resopló indignado el muchacho.

Por fortuna para él, Mara, que había tirado su bolsa cerca del árbol, estaba lo suficientemente lejos como para no oírle. La muchacha cogió su mochila y empezó a sacar todo lo que tenía. Encontró una cuerda lo suficientemente larga para atarla al árbol y lanzársela al muchacho. El problema es que era muy fina y no estaba muy segura de que aguantara el peso. Miró hacia el hueco, aquel muchacho no debía ser mucho mayor que ella, quizá un par de años, no creía que tuviera más de dieciséis, pero era corpulento, mucho. Alto y fuerte, a Mara le recordó un poco a

los típicos jugadores de baloncesto. No, de hecho estaba convencida de que la cuerda no resistiría su propio peso y eso que ella, a pesar de ser muy alta para su edad, debía pesar bastante menos que aquel muchacho. No, si usaba aquella cuerda corría el riesgo de ser arrastrada por él o de que la propia cuerda cediera al peso y se partiera.

La joven se mordió el labio, quizá podría funcionar un hechizo que había aprendido; si lo hacía bien reforzaría la cuerda, evitando que se rompiera con su peso. Se sentó delante de la fina soga y extendió sus manos como si quisiera tocarla. Con los ojos cerrados se concentró y recitó el conjuro. La cuerda brilló un instante y luego todo volvió a la normalidad. Mara la cogió y la examinó, su aspecto era el mismo que antes, por lo que no podía estar segura de que hubiera funcionado. Pero tampoco tenía otra opción, así que la sujetó con fuerza y rogó para que aguantara.

Mara la ató firmemente al árbol y se la lanzó al muchacho que la cogió con presteza y empezó a subir. Mara estiraba intentando ayudarlo. Él pensó que la caída había sido más fácil que la subida. Cuando consiguieron salir los dos estaban demasiado fatigados como para hablar. Durante un momento se quedaron tumbados en el suelo resoplando por el esfuerzo. Lentamente, recuperaron el aliento. Los dos se miraron en silencio, como si quisieran evaluarse. A Onim le gustó el pendiente de Mara, a pesar de que no era más que una cría, tenía buen gusto. Mara se dio cuenta de que el pelo negro de Onim le llegaba hasta los hombros y que tenía un mechón teñido de morado en el lado izquierdo. «Realmente es un tipo interesante», pensó Mara, aunque empezó a sentirse un poco incómoda con los ojos verdes de Onim clavados en ella.

—¿Cuánto rato llevas ahí? —logró preguntar Mara cuando recuperó la voz.

—Toda la noche —respondió el muchacho con la voz entrecortada. Estaba cansado y dolorido.

—Creí que pasar la noche fuera de casa era otra cosa —comentó Mara con sorna.

—Bueno, esta es otra forma, ¿no? —replicó el muchacho—. Me llamo Onim, oye gracias por sacarme de ahí.

—De nada —respondió ella—, yo soy Mara —añadió estrechándole la mano—. Ahora que ya te has recuperado un poco y estamos a salvo aquí arriba, ¿me puedes explicar que te ha pasado?

—No —respondió escuetamente Onim, dejando a Mara pasmada—, y será mejor que me marche.

—¡Espera un momento! —protestó Mara—. ¡No te atrevas a dejarme aquí plantada!

—Escucha, lo siento —se disculpó Onim—, pero no tengo tiempo para tonterías, además eres demasiado pequeña para entenderlo.

—¡Pero para sacarte de ahí utilizando magia no lo soy! ¿No es cierto? —espetó Mara enfadada. Estaba harta de que la trataran como a una niña pequeña.

Onim se quedó perplejo mirando a Mara que había empezado a recoger sus cosas. Con rabia las metía de cualquier manera en su mochila. Ante la respuesta de Onim, Mara había dado por finalizada su conversación e, ignorando al muchacho, se dispuso a continuar con su búsqueda. Después de todo no estaba dispuesta a meterse en un lío por un tipo tan borde como él. Cuando Onim se dio cuenta de que realmente ella se marchaba, la agarró del brazo para detenerla. Mara le miró con cara de pocos amigos y se disponía a obsequiarle con una buena retahíla de insultos cuando algo en la expresión del muchacho le hizo mantenerse callada a la espera de una explicación.

—Disculpa —farfulló Onim, retirando su mano con presteza del brazo de la muchacha. Parecía indeciso, como si quisiera contarle algo pero no se atreviera.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó directamente Mara, cruzándose de brazos delante él, decidida a obtener una respuesta. Si iba a llegar tarde a casa, por lo menos quería saber por qué.

Por un momento ambos se quedaron inmóviles mirándose fijamente a los ojos, hasta que por fin Onim suspiró dándose por vencido. Buscando un lugar donde pudieran pasar desapercibidos, descubrió una cueva a su izquierda, cerca del lago, que la noche anterior no había sido capaz de encontrar.

—Está bien, te lo explicaré todo, pero será mejor que nos escondamos ahí —propuso Onim señalando la cueva.

—¿Por qué demonios tenemos que escondernos? —protestó Mara desconcertada.

—Por favor —suplicó Onim.

La curiosidad y algo en el tono de voz del muchacho, convencieron a Mara y siguió a Onim hasta la cueva. Cuando entraron, el mucha-

cho se cercioró de que no había nadie y ocultó la entrada como pudo con ramas rotas de los alrededores. No quedaba totalmente tapada del todo, pero se dio por satisfecho.

—Si quieres puedo ocultar la entrada con un poco de magia —ofreció Mara que observaba sus maniobras entre divertida y asustada.

Todavía no estaba muy segura de poder confiar en Onim. Sin embargo en ese momento se dio cuenta de que le había contado que era una maga y él la había creído, así que decidió darle una oportunidad. Después de todo sentía curiosidad por saber quién era ese tipo que no se había reído de ella al revelarle que existía la magia.

—¡No! —gritó Onim, sobresaltándola—. ¡Ni se te ocurra!

—¿Pero qué te pasa? —protestó Mara.

—Perdona —se disculpó Onim intentando sosegar—, no pretendía asustarte. Anda, sentémonos aquí, pero por lo que más quieras, no uses magia pase lo que pase.

—¿Por qué no? —preguntó Mara empezando a mosquearse.

«¿Pase lo que pase?», pensó la muchacha. Cuando vio a Onim en apuros no sintió miedo, simplemente se preocupó al ver que necesitaba ayuda. Vale, era muy extraño que se hubiera caído ahí dentro y que tuviera la ropa rota como si fuera un pordiosero, pero todo podía tener una explicación bien sencilla. Sin embargo, empezaba a sentirse asustada ante la paranoia del muchacho. Sin que él se diera cuenta cogió un frasco de su mochila que contenía polvos para aturdir. Aunque Onim le hubiera dicho que no usara magia, si las cosas se ponían feas, con los polvos y un pequeño conjuro, dejaría a Onim fuera de juego. No obstante se había propuesto darle una oportunidad y pensaba cumplirlo, así que se sentó frente al muchacho dispuesta a escuchar su historia.

—¿Cómo te lo explico? —murmuró Onim frotándose la nuca.

—¿Qué tal si empiezas por el principio? —sugirió Mara.

—Está bien. Verás, hace unos meses compré un libro de hechizos y empecé a probar algunos trucos sencillos —explicó Onim—, quedé alucinado cuando funcionaron —añadió, sonriendo al recordar su propia sorpresa. Mara empezaba a sentir un extraño hormigueo en la nuca, pero no le interrumpió—. Poco a poco fui probando hechizos más complicados y cada vez me resultaba más fácil. Era como si al practicar con la magia me volviera más, no se más...

—¿Poderoso? —sugirió Mara tímidamente.

—Hábil —corrigió Onim—, suena mejor —añadió sonriendo—. Hasta ayer todo iba de perlas. Es curioso, cuanto más práctico, más seguro me siento, incluso he mejorado en el instituto y no he hecho ningún hechizo al respecto —se apresuró a añadir ante la mirada suspicaz de Mara—, pero... —se detuvo como si le costara hablar.

—¿Qué ocurrió ayer? —preguntó Mara, animándole a continuar.

—Llegué a casa un poco más tarde de lo habitual porque me entretuve recogiendo unas bayas en el bosque. Estaba a punto de entrar cuando vi por la ventana del salón de mi casa a unos hombres que retenían a mis padres. Oí que les decían que les dejarían libres si les ayudaban a encontrarme. Les exigían que les contaran donde me encontraba: «sólo tienen que entregarnos al chico y podrán seguir con su vida en paz; él será nuestro con o sin su ayuda», amenazó uno de los hombres. Mi padre le escupió a la cara y él le pegó. Supongo que debí levantarme porque me vieron e inmediatamente fueron a por mí. Salí corriendo y acabé en el hueco del nogal donde me encontraste.

—Pero, pero... —balbuceó Mara—, ¿quiénes son esos tipos? ¿Por qué crees que esto tiene algo que ver con la magia? No, no tiene nada que ver —añadió con lágrimas en los ojos.

Si Onim tenía razón, si estos hombres buscaban a practicantes de la magia, «no, no es cierto —se dijo a sí misma—, no puede ser cierto», se repitió, ignorando el cosquilleo que seguía sintiendo en la nuca y que le decía que aquello que más temía podía ser verdad.

—Estoy seguro porque tenían mi libro de magia y lo esgrimían delante de mis padres como si quisieran demostrarles que sabían perfectamente lo que yo había estado haciendo —respondió Onim.

Al oírlo, Mara rompió a llorar desconsoladamente. Onim desconcertado, la rodeó con sus brazos sin saber muy bien como tranquilizarla. Al cabo de un momento Mara se apartó y buscó en su mochila de donde sacó su propio libro de magia. Al verlo Onim palideció, confirmando los temores de la muchacha.

—Tus padres —murmuró Onim con voz entrecortada—, hay que avisarles.

Ambos salieron corriendo como alma que lleva el diablo. Mara parecía tener alas en los pies y Onim, que todavía estaba agotado y ham-

briente, casi no podía seguir su ritmo, pero se obligó a reunir todas sus fuerzas, pues sabía que Mara le necesitaría. Al llegar al patio de su casa, ella estaba a punto de entrar cuando Onim la empujó y la arrastró hacia los setos de su jardín, escondiéndose tras ellos. Tapándole la boca para que no gritara, le señaló un Hummer negro aparcado en su puerta.

—Es demasiado tarde —susurró Onim a su oído.

—¡Suéltame! —exigió la muchacha.

—Mara, tranquilízate, no puedes entrar, ese es el coche de los tipos que me buscaban ayer, si entras te cogerán y no estoy muy seguro de que no les hagan nada a tus padres. Es mejor para todos que intentemos averiguar que ocurre. Sígueme con mucho cuidado, quizá podamos oír algo que nos dé una pista —susurró Onim, arrastrándose entre los setos para acercarse a la casa sin ser visto.

Las lágrimas surcaban silenciosamente las mejillas de la muchacha mientras seguía a Onim. Temía que los tipos de los que le había hablado el muchacho hicieran daño a sus padres. Sentía muchas ganas de dar media vuelta y encararse con aquellos hombres, pero sabiendo que por mucha magia que supiese, poco o nada podría hacer si estaban armados, se contuvo. Con un escalofrío siguió al muchacho. Estaban a punto de llegar a una ventana desde donde podrían ver que era lo que estaba pasando cuando se abrió la puerta de su casa. Mara quiso correr hacia ellos, pero Onim se lo impidió. Impotente, vio como dos hombres se llevaban a sus padres sin poder evitarlo. Siguió sollozando cuando dejó de ver el coche. Onim se sentó a su lado abrazándola en silencio, pues comprendía muy bien su angustia, era la misma que él sentía. Onim cerró los ojos intentando impedir que la desesperación le invadiera. Pasaron unos minutos así, el muchacho con los ojos cerrados abrazándola y Mara llorando desconsoladamente. Onim notó cómo lentamente ella dejaba de temblar. Abrió los ojos y se miraron fijamente. A Onim le sorprendió el rostro sereno de Mara, no parecía la misma niña que apenas un par de horas antes le había rescatado. Daba la sensación de que había crecido, como si en lugar de un par de horas, hubieran transcurrido un par de años.

—Vámonos —apremió Mara poniéndose en pie—, no podemos quedarnos aquí.

—Está bien, quiero ir a mi casa —propuso Onim.

—¿Crees que es seguro? —preguntó Mara.

—No lo sé, pero debo ver si mis padres están bien —murmuró el muchacho.

Mara asintió. Esta vez, caminaron despacio y en silencio. Mara no podía dejar de pensar en sus padres. Se preguntaba qué podían querer aquellos tipos trajeados de ella o de Onim. El muchacho por su parte, sabía que lo más probable es que se hubieran secuestrado a sus padres, como habían hecho con los de Mara, pero necesitaba comprobarlo por sí mismo. Como Mara, Onim vivía a las afueras de Torrelavega, en otra urbanización a unos veinte minutos de casa de la muchacha. Cuando llegaron a su calle en la urbanización Santa Ana, Mara le detuvo.

—¿Qué pasa? —protestó Onim nervioso.

—Gracias a que antes fuiste precavido impediste que cayera en la trampa, ¿qué tal si nos acercamos con cuidado? —propuso Mara.

—Está bien, tienes razón, aunque no sé si vamos a encontrar algo —murmuró Onim.

Tomando toda clase de precauciones, se acercaron por la pequeña calle peatonal interior de las casas adosadas. Onim aceleró el paso al darse cuenta de que todas las luces de su casa estaban apagadas.

—Espera, ¿dónde vas? —susurró Mara intentando evitar que cometiera una locura.

Pero Onim ni siquiera la escuchó. Saltando la portezuela del patio posterior, se encaramó a la valla y se subió al balcón de su habitación que estaba entreabierto. Mara agachó la cabeza intentando que Onim no viera su sonrisa. Se dio cuenta de que los dos solían usar la misma estratagema para escabullirse de su casa. La joven decidió quedarse en el patio trasero. Si oía algarabía pensaba entrar al rescate, lanzando todo su arsenal de polvos. Los minutos se sucedieron sin que oyera el más mínimo ruido. Al cabo de un rato que se le hizo eterno, Onim abrió la puerta. Con un simple vistazo a su cara supo que también se habían llevado a sus padres.

—¿Han dejado alguna nota? —preguntó Mara.

—Nada, es como si simplemente mis padres se hubieran marchado sin más —respondió abatido.

—¡Maldita sea! ¿Qué diablos quieren esos tipos? —exclamó Mara.

—No lo sé Mara, te juro que no lo sé —respondió Onim sentándose en una silla del jardín.

—Será mejor que nos marchemos —propuso Mara al ver que Onim se apalancaba.

—Estoy de acuerdo contigo pero, ¿dónde quieres ir? —preguntó Onim levantándose—. Tu casa tampoco es que sea un lugar seguro.

—Ni idea, pero no podemos quedarnos quietos —refunfuñó Mara impaciente—, deberíamos buscar un lugar donde escondernos. Cuando estemos a salvo ya pensaremos que es lo que podemos hacer para rescatar a nuestros padres. Tenías razón, por culpa de la magia nos persiguen, así que está claro que hay que evitar que nos cojan hasta que averigüemos qué es lo que quieren de nosotros.

—Un segundo —interrumpió Onim, poniéndose a rebuscar algo en su mochila.

—¿Qué diablos estás buscando? —se impacientó Mara.

—¡Esto! —exclamó triunfal Onim, mostrándole una pequeña brújula que sujetaba en la palma de la mano.

—Vale, no quiero parecer borde —dijo Mara pausadamente—, pero ¿de qué nos sirve ahora una brújula si ni siquiera sabemos dónde ir? —añadió alzando la voz, incapaz de creer lo que estaba viendo.

—¡Tranquila! —se defendió Onim sonriendo—, sé lo que hago. Hechicé esta brújula para que indicara lugares seguros. Es uno de los hechizos avanzados del libro.

—Un momento, no podemos usar magia, tú mismo lo dijiste —alertó Mara asustada.

—Es que no vamos a hacer magia, ahí está lo bueno —aclaró Onim—. Técnicamente usaremos un objeto que es mágico, pero su utilización no comporta hacer magia, así que no estaremos usando magia y por tanto no nos detectarán.

—Sinceramente me he perdido, pero si crees que puede ayudarnos, adelante. ¿Cómo funciona? —preguntó Mara.

—Piensas en el lugar que necesitas mientras la sujetas en la mano y ella te lo indica —explicó Onim—. Así que allá vamos.

La brújula empezó a girar tan deprisa que eran incapaces de ver la aguja. De pronto se detuvo señalando hacia el este, hacia el centro de

Torrelavega. Desconcertados, dudaron un momento. Parecía descabe-llado adentrarse entre la gente, a la vista de todos. Pero quizá aquellos hombres no esperarían jamás que ellos hicieran algo así. Onim se encogió de hombros y empezó a andar.

—¿Vienes, o no? —preguntó a Mara que seguía de pie sin moverse. La muchacha suspiró y decidió seguirle.

Caminaron nerviosos por las calles de la ciudad, procurando pasar desapercibidos entre la gente. Cada vez que doblaban una esquina no podían evitar sobresaltarse, imaginando que aparecerían aquellos hombres. Torrelavega no era una capital como Santander, y aunque tampoco se trataba de un pueblo donde todo el mundo se conocía, tenían miedo de encontrarse con ellos o con alguien que les estuviera buscando. No tenían ni idea de si aquellos tipos eran los únicos que les perseguían o contaban con refuerzos, por lo que sentían desconfianza cada vez que alguien cruzaba la mirada con ellos. Por fortuna no se toparon con sus perseguidores y nadie parecía fijarse en dos muchachos que paseaban juntos un sábado por la mañana.

Comprobando la brújula cada pocos metros, continuaron andando durante un rato más hasta que de pronto la aguja se quedó quieta señalando una pequeña tienda. Se acercaron con temor a los cristales del aparador para ver el interior. Estaban tan sucios que no podían ver nada. Inconscientemente Mara sujetó la mano de Onim y él le devolvió el apretón, intentando infundirle ánimos. Se trataba de un acto de fe, por lo que juntos empujaron la puerta, casi esperando que no se abriera.

Para su sorpresa la puerta sí que se abrió y al cruzar el umbral notaron un extraño cosquilleo en la nuca. Entraron para descubrir una tienda desvencijada. Por la forma del mostrador y la cantidad de estanterías que cubrían las paredes, daba la sensación de que en sus tiempos había sido una gran librería. Un súbito ruido a su espalda les hizo revolverse asustados. Unos críos querían entrar en la tienda tras ellos y empujaban la puerta con fuerza, pero ésta no se abrió. Se miraron desconcertados por un momento, sin terminar de comprenderlo. Mara susurró débilmente ¿magia? Los niños se marcharon y ellos continuaron inspeccionando la tienda.

Al fondo, encontraron un pasillo que les condujo a un trastero, donde parecían haber quedado olvidados algunos libros, y a lo que ha-

bía sido una vivienda con un par de habitaciones, un salón, una cocina y un cuarto de baño. Daba la impresión de que el dueño de la tienda había vivido allí, pero por el estado del apartamento, tan sucio como la tienda, hacía mucho tiempo que nadie lo habitaba.

—Me parece —empezó a decir Onim mientras miraba a su alrededor— que éste va a ser un buen lugar para esconderse, finalmente.